

---

## LIBRO CUARTO.

---

### CAPITULO PRIMERO.

CONGRESO DE RASTADT.—BONAPARTE VUELVE A PARIS.—SALE PARA EL EJÉRCITO DE INGLATERRA.—ESTA NOMBRADO GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO DE TOLON.—BERNARDOTTE EN VIENA.—BONAPARTE SALE PARA TOLON.

BONAPARTE salió de Milan el 15 de noviembre, y el mismo día se apeó en Turin en casa del ciudadano Ginguené, ministro de la República. Tuvo por conveniente no presentarse en la corte, para evitar las demostraciones de agradecimiento del rey de Cerdeña, cuyo tratado, por fin, acababa de ser ratificado por el Directorio. Atravesó el Moncenis y se dirigió á Rastadt, pasando por Ginebra y el pais de Vaud, donde se le tributaron honores políticos en memoria de la independenciam que habia proporcionado á la Valtelina. Estos homenajes eran interesados por parte de los habitantes del pais de Vaud; luego pasó por

Berna, donde no podia hallar la misma acogida, atravesó el Rhin en Basilea y entró en Rastadt donde le recibieron los plenipotenciarios en el congreso; el conde de Metternich por el Emperador de Alemania; el conde de Lerbach por el círculo de Austria, y el conde de Cobentzel por el emperador de Austria. Todos los príncipes de Alemania tenían tambien sus encargados de poderes. La Suecia, que se presentaba como mediadora y garante del tratado de Westfalia, no habia tenido acierto en la eleccion de su embajador el conde de Fersen, antiguo coronel del regimiento frances Real-Sueco, y conocido de todos por su oposicion á la revolucion; el general Bonaparte no quiso admitirle. Se preparaban grandes dificultades con las muchas quejas y con las reclamaciones que formaban los príncipes desposeidos de la orilla izquierda del Rhin. El pleito empezó con la cesion de Maguncia y fue preciso usar de todo el influjo austriaco, para imponer silencio á esta reclamacion, cuya justicia no podía contestarse. Cansado con la perspectiva de los obstáculos que debian á cada paso poner trabas á la negociacion, á quien presidia en nombre de la República francesa, Bo-

naparte se apresuró en concluir, el 1º de diciembre, el convenio por la entrega de Maguncia á las tropas de la República, y de Palma-Nova y de Venecia á las tropas austriacas. Despues de haber firmado un tratado meramente militar, que completaba el de Campo-Formio, notificó á Treilhard y á Bonnier que consideraba su comision como enteramente evacuada. El 5 de diciembre llegó á Paris incógnito y se apeó en su pequeña casa de la calle Chantereine, á la que, por deliberacion espontánea, la municipalidad de la capital dió el nombre de *calle de la Victoria*.

El consejo de los ancianos, menos independiente, no pudo expedir el decreto, por el cual queria regalar, á título de recompensa nacional, la hacienda de Chambord y una gran casa en Paris al héroe pacificador. El Directorio quiso encargarse solo del agradecimiento público; pero luego conoció cuan peligrosa era para él la presencia del general en jefe del ejército de Italia en Paris, viendo el entusiasmo que se manifestó á favor de Bonaparte. Cuando pasaba por las calles, el pueblo y los soldados manifestaban su júbilo con vivas y cantares que celebraban sus hazañas. El

Directorio se espantó con razon de aquel poder de la gloria, al que tuvo que someterse él mismo, hallándose demasiado débil para honrarlo dignamente ó para contenerlo. Toda su política consistió en una funcion extraordinaria, triunfal y desusada, cuya pompa excesiva dejó ver otra cosa que la grandeza. Esta exageracion de la gratitud directorial no engañó á nadie, ni al que era el objeto de la fiesta, ni á los expectadores. La entrega del tratado por Bonaparte sirvió de pretexto para esta funcion que se celebró el 20 de frimaire (10 de diciembre) en el palacio del Luxemburgo, en presencia de los embajadores de España, de Nápoles, de Cerdeña, de Prusia, de Dinamarca, de la Puerta Otomana, de los ministros de las repúblicas báltava, cisalpina, helvética, liguriana, ginebresa, y de los enviados de Toscana, Wurtemberg, Baden, Francfort y Hesse-Cassel. El patio inmenso del palacio fue dispuesto para esta solemnidad sin ejemplar, por no hallarse ningun edificio de bastante cabida. Los generales Joubert y Andreosy llevaban la bandera dedicada por el cuerpo legislativo al ejército de Italia, y devuelta cargada de inscripciones en que se leian en letras de

oro los nombres de sesenta y siete combates y de diez y ocho batallas campales ó encuentros de importancia en que habiamos quedado vencedores; Montenote, Milesimo, Mondovi, Lodi, Borghetto, Lonato, Castiglione, Roveredo, Basano, San Jorge, Fontana-Viva, Caldiero, Arcola, Rivoli, la Favorita, el Tagliamento, Tarvis, en fin, Neumark, en las campañas de 1796 y 1797. En medio del patio se levantaba el altar de la patria con las estatuas de la libertad, de la igualdad y de la paz. Las banderas conquistadas en Italia se desplegaron en forma de dosel encima de los cinco Directores (espada de Damocles para ellos). Los directores, vestidos con un traje antiguo y una magnificencia teatral, quedaban eclipsados, á pesar de su lujo, delante del general Bonaparte, vestido con el uniforme de Lodi y de Arcola, que por su modestia dejaba ver enteramente al héroe que lo llevaba. Su comitiva se componia de unos pocos oficiales de su estado mayor, cubiertos como él, con el vestido del campo de batalla. Al llegar al altar, Talleyrand Perigord, ministro de relaciones exteriores, presentó Bonaparte al Directorio, y le dirigió un discurso en que ardía el mas puro

republicanismo, lleno de admiracion para el vencedor, y entremezclado de elogios para el gobierno que habiasabido adivinarle y elegirle. Se notó el párrafo siguiente: « Así todos los » Franceses han vencido en la persona de Bo- » naparte; así su gloria es la propiedad de to- » dos, de manera que no hay un republicano » que no pueda entrar á la parte con él.

» A la verdad, á él solo pertenece este golpe » de vista que nada dejaba á la casualidad, y » esta prevision, que le hacia dueño del por- » venir, y estas inspiraciones espontáneas, » que desconcertaban, con recursos inespera- » dos, las mas sabias combinaciones del ene- » migo, y aquel arte de reanimar en un ins- » tante, y sin alterarse por nada, el valor » abatido, y aquellos rasgos de una audacia » sublime, que nos hacia temblar por su vida, » mucho despues de la victoria, y aquel he- » roismo tan nuevo, que mas de una vez ha » puesto un freno á la victoria, al momento » mismo en que se prometia nuevas palmas » triunfales. Todo esto, sin duda, era suyo; » pero tambien resultaba de aquel amor in- » saciable de la patria y de la humanidad..... » La Francia entera será libre; pero él, acaso,

» nunca lo será. En este mismo instante un » nuevo enemigo le llama; este enemigo se ha » hecho célebre por su ódio profundo á los » Franceses, y por su insolente tiranía para » con todos los pueblos de la tierra. El inge- » nio de Bonaparte prepara su castigo, y ojalá » una paz digna de la gloria de la República, » se imponga á esos tiranos de los mares ven- » gando á la Francia y afianzando la tranqui- » lidad del mundo. »

Este discurso, aunque muy á propósito para herir los espíritus, fue escuchado con una viva impaciencia. Se queria oír al héroe; así es que, luego que hizo ademan de hablar, un silencio religioso reinó en toda la asamblea. Bonaparte dió algunos pasos adelante, entregó al presidente el tratado de Campo-Formio, y tomó la palabra. He aquí los principales rasgos de su arenga: « El pueblo frances » para ser libre tenia que combatir á los reyes; » para lograr una constitucion fundada sobre » la razon, tenia que vencer á diez y ocho si- » glos de preocupaciones. La religion, la feu- » dalidad, el despotismo, han gobernado suce- » sivamente á la Europa de veinte siglos á esta » parte; pero la paz que acabais de concluir

» será en adelante la fecha de los gobiernos  
 » representativos. Habeis logrado organizar la  
 » gran nacion, cuyo vasto territorio se halla  
 » circunscripto únicamente porque la natura-  
 » leza misma ha señalado sus límites. Os en-  
 » trego el tratado de Campo-Formio ratificado  
 » por el Emperador. Esta paz asegura la liber-  
 » tad, la prosperidad y la gloria de la Repú-  
 » blica. Cuando la felicidad del pueblo fran-  
 » ces se hallará establecida sobre mejores leyes  
 » orgánicas, la Europa entera logrará ser li-  
 » bre. » Esta profecía de Bonaparte está muy  
 lejos todavía de realizarse. Barras, que presidia  
 al Directorio, habló con mucho calor, en su  
 contestacion al general, sobre el 18 fructidor,  
 del cual éste no habia hablado en su discurso,  
 mezclando los elogios del ejército de Italia á  
 los del gran capitán. « La naturaleza, dijo, ha  
 » agotado todas sus riquezas para crearle; Bo-  
 » naparte ha meditado sus conquistas con  
 » el pensamiento de Sócrates; ha reconci-  
 » liado el hombre con la guerra. » Barras,  
 en seguida, convidaba á Bonaparte á que  
 fuera á enarbolar el estandarte tricolor sobre  
 la torre de Londres. Esta parte del discurso  
 respiraba el ódio el mas fuerte contra la Ingla-

terra con un lujo de palabras y de declama-  
 ciones que olia á retórico y convenia mal al  
 gefe del gobierno. El general Joubert y el gefe  
 de brigada Andreossy, presentados por el mi-  
 nistro de la guerra, recibieron las felicitaciones  
 del Directorio; pero el verdadero objeto de  
 todos los elogios, los triunfos de Bonaparte,  
 llenaba todos los corazones. El ilustre gefe del  
 ejército de Sambre y Mosa, el modesto Jourdan,  
 inmortalizado con el nombre de Fleurus, dió  
 el último remate á esta especie de apoteosis,  
 celebrando con candidez la gloria de los sol-  
 dados de Italia, que parecia en aquel momento  
 eclipsar la suya propia.

El cuerpo legislativo dedicó tambien una  
 gran funcion al vencedor del Austria; pero la  
 mas brillante fue, sin comparacion ninguna, la  
 del ministro de relaciones exteriores, Talley-  
 rand. La hermosa cantora Grasini cantó en  
 honor de las victorias, de que ella misma era  
 uno de los trofeos. Las letras y las artes ofre-  
 cian sus tributos al héroe de la patria. El Ins-  
 tituto eligió á Bonaparte para reemplazar á  
 Carnot, proscripto el 18 fructidor. El realista  
 Bonald le ofreció su libro; y el republicano  
 David sus pinceles. El pintor quiso retratarle

en el puente de Arcola ó de Lodi. « *No, con-*  
 » *testó Bonaparte, allí, servia con todo el ejér-*  
 » *cito, retratadme sereno sobre un caballo*  
 » *fogoso* » El entusiasmo exaltaba todas las  
 cabezas, el grito *viva Bonaparte* habia lle-  
 gado á ser un grito patriótico.

El Directorio hubiera querido que Bona-  
 parte volviese á tomar, en el congreso de  
 Rastadt, la direccion de las negociaciones, y el  
 general del ejército de Italia no se hallaba  
 dispuesto á dejar desterrar en una comision  
 semejante su fortuna y su popularidad. Adi-  
 vinó la cuestion de Rastadt con la misma pe-  
 netracion que, desde el 18 fructidor, le tenia  
 tan justamente alarmado sobre la política del  
 Directorio. Ya no veia sino enemigos en todos  
 los soberanos que acababa de someter por sus  
 armas ó de sujetar por los tratados. Nombrado  
 al mando ilusorio de un nuevo ejército, pero  
 ocupado mas que nunca en buscar los medios  
 de hacer adoptar el proyecto que tenia for-  
 mado, desde algunos meses, de una expedicion  
 á Egipto, Bonaparte salió con mucho ruido  
 para inspeccionar las tropas que ocupaban,  
 bajo el nombre de ejército de Inglaterra, la  
 Normandia, la Picardia y la Bélgica. De este

modo engañaba la inquieta observacion del  
 gabinete de Londres. Tenia suspensa la de la  
 Europa, y proporcionaba descanso á los zelos  
 del Directorio. Esta excursion en la Bélgica ha  
 sido el primer origen de los grandes estable-  
 cimientos marítimos que le debió la Francia,  
 y que solos bastarian para ilustrar su reinado.  
 Bonaparte visitó á Amberes. Él mismo dice  
 que el canal de San Quintin, abierto bajo el  
 consulado, fue uno de los resultados de su  
 viage, y que notó tambien entonces la supe-  
 rioridad que daba la marea al puerto de Bo-  
 loña sobre el de Calais, para una expedicion  
 á Inglaterra. Así, en el momento en que solo  
 debia pensar en llevar á las orillas del Nilo la  
 gloria de su nombre, parece que preveia su  
 vuelta triunfal, y preparaba los fundamentos  
 del edificio que su penetracion le indicaba en  
 el porvenir. Mientras la Francia y la Europa  
 estudiaban á Bonaparte, él meditaba sobre sí  
 mismo, y acaso no descubriria, sin alguna  
 emocion, el destino que le imponia la fuerza  
 de un ingenio tan feliz entonces con el agra-  
 decimiento de la patria.

Entretanto, el Directorio, como si hubiese  
 querido vengarse del tratado de Campo-For-

mio, y preparar su rompimiento, seguía en sus proceder belicosos, y mientras sus plenipotenciarios estaban negociando en Rastadt, ponía en movimiento á dos ejércitos; el uno se dirigía á la Helvecia para devolver, segun decia, la independencia al pais de Vaud, cuyo descontento fomentaba; pero sobre todo, para poner tambien á esa antigua república bajo el nivel del gobierno directorial. La otra marchaba sobre Roma, menos con el fin de castigar á los autores de la muerte del general Duphot, asesinado el 28 de diciembre en un motin, delante del palacio, y bajo los ojos de José Bonaparte, embajador de Francia, que para destruir el poder papal, cuya conservacion habia sido reprochada con mucho rencor al general en jefe. El director Reveillere-Lepaux, en su calidad de sumo pontífice de la Teofilantropia, profesaba un odio de partido para con el Santo Padre, y habia hecho resolver el restablecimiento de la república romana. El director Rewbell se habia encargado de la revolucion helvética. Las dos operaciones se hicieron al mismo tiempo. El 28, el Directorio concedió su mediacion al pais de Vaud, para sustraerle á la tiranía de Berna,

y luego despues, el general Berthier recibió la orden de dirigirse á Roma. El 25 de enero de 1798, el pais de Vaud se constituyó en república independiente, y el ducado de Urbino, legacion papal, se reunió á la Cisalpina. Dos dias despues, el ejército frances invadió la Suiza, cuya antigua aliada, la pequeña república de Mulhausen, encerrada en la alta Alsacia, se reunia al departamento del alto Rhin.

Todo respiraba la guerra en medio de los acuerdos de la paz germánica. El 4 de febrero, el Directorio hacia proclamar unaley que abria un empréstito de 80 millones para la expedicion de Inglaterra. En todos los astilleros de nuestros puertos se hacian preparativos inmensos; el público adoptaba con el mayor entusiasmo esta expedicion ilusoria, á cuya cabeza aparecia el invencible Bonaparte. En pocas semanas, todá la obra de la conquista directorial fue consumada, Reveillere destronó á su rival. El 19 de febrero, el Capitolio volvió á ser republicano, y la república romana fue consagrada en la basilica de San Pedro por catorce Cardenales. El Papa se refugió á la Cartuja de Pisa. Berthier ocupó el